

Homilía del 6 de marzo de 2011

En la lectura del Evangelio hace cinco semanas escuchamos las Bienaventuranzas—el principio del Sermón en el Monte. Hoy escuchamos la sección concluyente: Jesús habla de los que entraran y los que no entraran el reino de los cielos. Hoy oímos muchas personas, especialmente en la radio y la televisión, diciéndonos quien es salvo y quien está perdido, y diciéndonos cómo ser salvos. A veces las personas vienen a nuestras puertas o nos paran en la calle con preguntas como, «¿Si usted fuera a morir esta noche, usted SABE que irá al cielo?»

Nosotros los seres humanos tenemos una tendencia a querer una respuesta sencilla. Estos predicadores y las personas que vienen a nuestras puertas nos ofrecen una respuesta sencilla: Todo lo que una persona tiene que hacer, dicen ellos, es creer en el Señor Jesucristo y usted será salvo—y ellos citan la Biblia para sustentar sus declaraciones. Un pasaje favorito que citan es del Evangelio según San Juan: «¡Así amó Dios al mundo! Le dio al Hijo Único, para que quien cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna» (3:16). Si usted acepta a Jesús como su salvador, continúan ellos, no importa lo que haga después, usted será salvo. Nos dicen, «salvo una vez, salvo siempre» y hablan de «seguridad eterna».

Tales declaraciones no son nuevas. Las expresiones del deseo de salvarse han existido por mucho tiempo. En el siglo cuarto, San Juan Crisóstomo escribió sobre las personas que citan otro pasaje del Evangelio según San Juan: «El que cree en el Hijo vive de vida eterna» (3:36). Ellos concluyen, dice él, que es suficiente creer.

¿Lo es en verdad así de simple? «¡De ningún modo!» responde Crisóstomo y también cita las palabras de Jesús, las palabras que acabamos de escuchar: «No todo el que me diga «¡Señor, Señor!», entrará en el Reino de los cielos . . .».

¿Son las personas que dicen estas cosas personas malas? Eso depende. Muchos son sinceros y son buenas personas moralmente, pero algunos explotan nuestro anhelo para sentir seguro y usan nuestro anhelo para obtener dinero de nosotros. Lo que dicen es aún parcialmente cierto. Es cierto que podemos tener total confianza en el deseo de Dios para nuestra salvación. Sólo necesitamos buscar a Jesús en fe. No importa cuán grande es nuestro pecado, su misericordia es más grande. Desde el punto de vista divino podemos tener seguridad eterna.

Homilía del 6 de marzo de 2011

Pero la salvación supone no solo Dios sino también nosotros. Aunque Dios quiere que todos nosotros estemos con él tanto que Jesús vino para que tengamos la vida eterna como su regalo a nosotros, tenemos que aceptar ese regalo. Dios no nos obliga aceptarlo, y Dios no hace ninguna magia. Todos nosotros sabemos que nosotros seres humanos hacemos promesas y luego no las cumplimos. Tenemos buenas intenciones, pero nunca seguimos hasta el final. San Pablo entendió esta tendencia bien. A los Filipenses escribió, «Por tanto, amadísimos, . . . sigan procurando su salvación con temor y temblor» (2:12). Él es aún consciente de su propia debilidad y habla sobre su inquietud que «después de predicar a otros,» él mismo no perseveraría en su fe (I Corintios 9:27).

¿Cómo entonces podemos obtener esa salvación que Jesús no ofrece? Él nos dice en el Evangelio de hoy: «el que cumpla la voluntad de mi Padre, que está en los cielos». ¿Qué es su voluntad? ¿Qué quiere Dios de nosotros? Él nos quiere a nosotros. Él nos quiere darnos a él para que vengamos ser sus hijos e hijas en verdad, viviendo en amor de él y de los demás.

Aquí en Santa Cecilia tenemos una comunidad que es generosa y compasiva. Tenemos una comunidad que cree en el bautismo, y cuando nuestros hijos nacen, la mayoría de nosotros los queremos bautizado tan pronto como sea posible. Pero algo pasa después de este punto. Es como si ganáramos la salvación cuando somos bautizados. Nuestro bautismo es naciendo en la familia de Dios, un principio—solamente un principio. Ustedes y yo sabemos lo que ocurre si un niño nace físicamente y no es amado y alimentado y cuidado. Ese niño muere. Bautizamos, y eso es maravilloso. Somos una gente de oración, y eso es maravilloso.

¿Y qué tal creciendo en nuestra fe? ¿Qué tal sobre otros sacramentos? ¿No significan nada? El Sacramento de la Confirmación, el Sacramento del Eucaristía, el Sacramento de Matrimonio? Ustedes saben que amo esta comunidad. Ustedes son una gran bendición para mí. Por consiguiente, me aflijo que muchos en nuestra comunidad no reciben estos sacramentos. Los suplico a ustedes este día: busquen la voluntad de Dios en sus vidas y vean si ustedes necesitan seguir a Cristo más enteramente y de cerca. . . . Que el querido Señor nos dé la perspicacia y la voluntad para seguir la voluntad del Padre.